

## RUMBO PELIGROSO

En esta época del mundo que para todos encierra una violenta crisis de la civilización, se vive cada minuto obsesionadamente. La amenaza de ruina trae consigo un ansia de acontecimientos. Se encuentra preferible que las cosas sucedan de una vez antes que aguardar impávidos a que lleguen. Es algo semejante a la angustia que se apodera del lector de una novela apasionante y lo lleva a saltar capítulos para llegar al fin y ver cómo termina. Sólo que en este mundo nuestra existencia no se cierra con una última página que nos permite luego retroceder y completar lo omitido, sino que con ella acaba toda posibilidad de enmienda.

El mayor peligro de hoy es llegar a traicionar a la Verdad vencidos por las circunstancias. Tan dura es la lucha, que nos cerca por todos lados la tentación de abandonarla. Sin embargo, no son los hechos los que condicionan a la Historia, sino la inteligencia que tenemos de ellos. Para comprender algo históricamente es menester tener dentro un esquema de perfil nítido que, superando la aspereza de un momento determinado, se refiera a un principio clave y trascendente. Este principio nos proporcionará así la luz necesaria para el juicio recto y el obrar prudente en el acontecer histórico, en la medida en que al hombre le está permitido el señorío sobre las cosas temporales. Y los distintos hechos serán juzgados como buenos o dañinos, según estén iluminados o no por él.

De aquí se desprende la enorme responsabilidad que adquiere toda clase dirigente cuando permite que sea su debilidad la que, ante el rigor de un momento, condicione la interpretación de un hecho histórico.

Signo de fortaleza es no desfallecer ante las circunstancias. Y camino hacia esa virtud el conocimiento de nuestra propia vocación. Saber lo que Dios soñó de nosotros y realizar el ansia de perpetuarnos dejando semilla nuestra en esta tierra.

Mas para no equivocarse la ruta, porque son varios los rumbos y muchos los caminos, hemos de averiguar en primer término *qué somos*. Antes que sobre el *hacer* es indispensable que nos pongamos de acuerdo sobre el *ser*.

Esto es lo que se esfuerza por descubrirnos a los hispano-americanos el Sr. Waldo Frank desde su atalaya de los Estados Unidos en su último libro *Rumbos para América* (1). Pero al cabo de su propósito sólo logra demostrarnos que lo que él afirma sobre nuestro *ser* dista mucho de lo que nosotros pensamos y lo que nos aconseja *hacer* se aleja aún más de lo que nos hemos propuesto.

Para los fatigados de hoy o los confortables que ansían lograr la *felicidad* y no la *paz* en este mundo, dos conceptos del hombre y de la Historia tan opuestos, han de causar real desasosiego. Porque es vano pensar que uno predomine sobre el otro sin violencia, e imposible que los dos convivan en un mundo que pide lastimeramente soluciones de unidad.

Aunque en su libro el autor no identifica prácticamente América con los Estados Unidos, tiene en su prólogo a la edición castellana seductoras palabras para los pueblos de la América hispana: "América es hoy la esperanza de los hombres. La tarea de los Estados Unidos es la dedicación de su incomparable arsenal de técnicos a la destrucción de la odiosa contrarrevolución que personifica Hitler. La tarea inmediata de América hispana es *formar* con su ilimitado caudal de intuición, visión e imaginación acumulado por sus masas *amer-indio-hispano-africanas* un arsenal de métodos, ideas, valores y directivas para que el hombre pueda reanudar, valiéndose de ellos, y esta vez por buen camino, su marcha hacia la Libertad."

(1) *Rumbos para América. Nuestra misión en un nuevo mundo*. Editorial Americalee, Buenos Aires, 1942.

No es la primera vez, por cierto, que nos llegan palabras halagadoras que, argumentando con la materialidad de la geografía, buscan hacernos olvidar lo profundo de la Historia.

Ya en tiempos del apogeo de los principios liberales, los anglosajones —principales propagandistas de ellos— pudieron comprobar el éxito de su aplicación en el desigual resultado conseguido en las dos Américas. Mientras en el mundo hispánico —olvidado de su misión católica— provocaban el desmembramiento y la debilidad, la América sajona, con la misma receta, misteriosamente aumentaba en caudal y fortaleza.

Pero nunca como hoy tal empeño adquirió intensidad, porque nunca tampoco como hoy se vió el hombre europeo tan vitalmente amenazado por extrañas concepciones de la vida que del Este y el Oeste se levantan contra todo lo que hasta ahora estimábamos por verdadero y bello.

Sin embargo, la violencia del ataque sólo ha logrado poner a prueba, esta vez, la reserva espiritual que en América española un siglo de liberalismo no consiguió destruir. Y todos aquellos que en ella no han renegado de su estirpe ven en los peligros que hoy rodean a Europa una amenaza contra la esencia de su propio ser.

Dentro de la reducida geografía de Europa todo problema vital tiene un planteamiento dramático, y cada posibilidad suya es calculada hasta el agotamiento.

El hombre europeo ha ido poco a poco conquistando la naturaleza con la pala y el arado, hasta convertirla en algo familiar y a su medida. Y ha ordenado los elementos de la inteligencia, como un sabio arquitecto, dándoles proporción, equilibrio y jerarquía.

América del Norte, por el contrario, gigantesca, nueva, espectacular, inagotable, abierta a todas las razas e independizada de una tradición en la cultura, ha creado un hombre desproporcionado, dominador de la naturaleza inmensa por el desarrollo fabuloso de la técnica, y más dado al goce de la fantasía que al reposo de la inteligencia. Y así, cuando el europeo se plantea un problema en términos vitales porque va en ello su propio existir, el norteamericano —en edad aún de ensayos—, optimista y

despreocupado, irrumpe con ligereza deportiva para dar soluciones infalibles.

Este es el caso de Waldo Frank cuando, preocupado justamente ante la gravedad de esta hora, se dirige a nosotros en un mesiánico tono menor de *charla junto al hogar*, para hablarnos de la Guerra Simple y de la Guerra Profunda, de la humillación de Europa, de la Gran Tradición, los remedios desesperados, y como remate señalarnos el medio seguro para la conquista del Santo Grial.

Este libro —lo dice en su prólogo— fué escrito algunos meses antes de la entrada de Norteamérica en la guerra. “Gran Bretaña no había probado aún en Dunquerque el amargo fruto de su propia siembra política.” “Francia era ya, en realidad, la Francia dividida y postrada; su traición a España y a Checoeslovaquia, su apoyo a Chamberlain y su negativa a cooperar con la Unión Soviética, forzó a Rusia a un pacto con Berlín, desencadenó la guerra y provocó su propia destrucción.” Pero los Estados Unidos, aun cuando no se hallaban empeñados en una lucha militar a muerte con Alemania y Japón, ya estaban en la Guerra Profunda, de la cual la presente lucha no es más que un síntoma. “Y esa Guerra Profunda —Estados Unidos lo ignora aún— es una Revolución.”

El espíritu de la contrarrevolución, “que es asalto contra el Hombre y contra lo que denomino Gran Tradición, agrega, se apoderó ya del Estado en naciones como Alemania, Japón, Italia y España”. “La supervivencia en la guerra y en la paz será posible si sostenemos bien esa Guerra Profunda, incluso mientras desplegamos nuestras fuerzas para ganar la Guerra Simple.”

He aquí el nervio central de este libro que denuncia la definitiva decadencia de Europa y le señala a América una misión en el nuevo mundo que ha de nacer.

En realidad —nos confiesa el autor—, los Estados Unidos no han logrado aún “un verdadero movimiento, una verdadera independencia frente a la muerte en masa de Europa”. Y ello se debe a la degradación que está profundamente escondida en el concepto del hombre, “que nosotros, americanos, hijos de los siglos XVIII y XIX de la Europa occidental, hemos heredado; y

sobre el cual tanto la moderna Europa como la América moderna fueron construídas”.

“El supremo valor de la Europa medieval residía, literalmente, en lo que enseñan los Evangelios: en la salvación. Y la salvación consistía en salvarse de esta tierra.” “La vida verdadera llegaría; en este valle de lágrimas era bueno el llanto y las duras experiencias saludables.”

“En la edad moderna la seguridad y felicidad reemplazó a la salvación.” Jefferson definió al bienestar de esta manera: “Vida, libertad y la persecución de la felicidad”, e hizo de un concepto ajeno al espíritu medieval la piedra de toque de la joven República; declaró (cosa que ningún cristiano había siquiera soñado) “que todos los hombres nacen iguales”.

Sin embargo, “¿qué encontramos en el mundo moderno? En ninguna parte son iguales los hombres; en ninguna parte son libres”.

“La edad moderna europea —tan grandiosamente arrogante que se llamaba a sí misma, sin más vueltas, *civilización*, ha sido un fracaso—, y las escuelas dominantes del liberalismo y del socialismo, que reclamaban para sí el derecho de curar sus males con normas y métodos que eran esencialmente los mismos —y basándose sobre el mismo valor del bienestar— han sido también un fracaso.”

“En el campo político, gobiernos liberales o con programas en parte socialistas, subieron al poder para que el bienestar de la paz y la justicia de la razón prosperaran entre los pueblos. ¿Qué podía ser más auspicioso?” Sin embargo, las naciones que se unieron en 1919 bajo el gigantesco dosel de la Liga de las Naciones, “no eran, en realidad, sino las clases dirigentes, que estaban nerviosas hasta el histerismo por el temor de perder sus privilegios sacudidos por la guerra”. “Los políticos, en su necesidad de engañar al pueblo, no consiguieron sino engañarse a sí mismos.”

Algunos incidentes —juza el autor— son simbólicos del colapso de ese gran pabellón que cubrió a Europa: “La entrega de Italia a Mussolini y a sus jóvenes fanfarrones, con la ayuda de los socialistas italianos; la entrega de Manchuria al Japón, realizada por Sir Jhon-Simon, Ministro de Relaciones

Exteriores de Inglaterra; la guerra incesante de todos los Estados capitalistas (incluso el nuestro) a los Soviets, cuya guerra, al provocar la escasez en Rusia, promovió males sociales que acarrearón luego algo que se parece mucho a un mórbido retroceso a los viejos hábitos zaristas"; "la colosal hipocresía de Inglaterra y Francia al permitir a Mussolini sus fiestas romanas en Abisinia, mientras la Liga de las Naciones votaba inofensivas sanciones"; "cosas éstas que prepararon el camino hacia el crimen culminante de Europa: el ultraje a los judíos alemanes, la infame traición a España por sus *amigos* del Comité de No Intervención de Londres y el ultimatum de Gran Bretaña y Francia a los checos, aconsejándoles, amenazadoramente, que no se defendieran de los nazis (ni defendieran al mundo)."

La culpa de esa traición a Europa la compartieron por igual los gobernantes y los dirigentes de la oposición. Y así llegó la guerra, la crueldad alcanzó su madurez y estalló la miseria. Pero en esta gran culpabilidad de Europa Waldo Frank no excluye de responsabilidad a los Soviets, como tampoco a todos los obreros del Occidente civilizado que "durante los veinte años decisivos nada hicieron para impedir que sus Gobiernos atacaran, conspiraran y finalmente insultaran al régimen soviético". La España roja le merece una honrosa excepción.

"Es difícil que aquellos que no vivieron la angustia del año 17 imaginen nuestra alegría al ver nacer ese rojo y lóbrego sol en el este de Europa." Pero los procesos de Moscú "me convencieron que no existía allá posibilidad de nuevas directivas y esperanzas para Occidente".

"Europa ha fracasado en el mundo moderno, en primer término —continúa Waldo Frank—, desde que dejó caer en el olvido a la Gran Tradición", que define como: "el conocimiento de que el hombre individual participa de lo divino, siendo ésta su manera de llamarlo universal y de considerarlo bueno y suyo". "Es la noción de que su vida tiene un propósito y una dirección porque Dios está en él." "Se puede expresar de cien modos diferentes: Iklinton, Moisés, Jesús, Espinosa, Platón, Plotino, Maimónides, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, etc."

El Capitalismo fué el sistema sagrado de los hombres que atentaron contra la Gran Tradición. Pero, al mismo tiempo, el

Socialismo, que debía reparar la injusticia del Capitalismo, "escondía esa misma visión del hombre que había producido y propagado la injusticia".

"El liberalismo y el socialismo, que gustan denominarse modernos, son, en verdad reaccionarios."

Por otra parte, "en el siglo XIX se desarrolló un sentimiento eslavo de *misión*, vigorosamente expresado en todos los escritores pan-eslavistas, y Rusia, al adoptar el marxismo, lo enriqueció, como movimiento de carácter mundial, con el prestigio de un gran pueblo". Lenin y Trotski, menos interesados por Rusia que por la revolución mundial, "se hallaban dispuestos a sacrificar a su país por el mundo si hubiera sido necesario". A pesar de todo, "apenas podía esperarse que Rusia desempeñara ese papel de sacrificio sin intentar desarrollar antes su propio egoísmo individual". El hombre indicado para esa tarea fué Stalin, "que, con sus sangrientos métodos de mentira e infamia, no vaciló en dejar de lado toda dignidad humana por la cual vale la pena sobrevivir". "Mas yo no he perdido la fe en el futuro del pueblo ruso", añade.

Pero es recientemente, con el Fascismo, cuando la humillación del hombre se convierte en una doctrina abierta y agresiva. En el fondo, "las ideologías fascistas representan un sustituto de las estultas religiones, cuya rancia insinceridad ya no conmueve a los pueblos".

El Fascismo ha concedido tres formas diferentes: "Mussolini simboliza la primera, que puede llamarse su estado larval." "Se limitó a tomar unos cuantos trozos del viejo mundo económico, social, cultural y religioso, y les dió cohesión por medio de una argamasa hecha con sangre y aceite de ricino."

Hítler representa la segunda etapa, en la cual el fascismo se convierte en una expresión racional; su verdadero valor fué la realización "del hombre degradado, del hombre despojado de las aspiraciones dolorosas y desvelos de conciencia de Europa, vencida por el fracaso, ya centenario, de vivir de acuerdo con la Gran Tradición".

La tercera fase comienza donde se quiebra lo racional: "La ilusoria y enclenque estructura de racismo, defensa nacional y destino". "Se abre paso el hombre fascistizado, al desnudo." "El

que goza ametrallando a mujeres y niños desde un avión a ras de tierra; y que cree estar destinado a gobernar al mundo porque es más duro y brutal que sus mayores."

Ante la aparición en el mundo de estas fuerzas históricas tan diversas, el filósofo norteamericano no duda en asegurar que la salvación se encontrará en "una sociedad en la cual no sea la norma de valor el individuo, sino la *persona poencial*". "En ella toda la inteligencia se dedicará intrínsecamente —casi podríamos decir egoístamente— al bienestar público."

La esperanza de que tal sociedad se realice en la tierra, los hombres la han puesto en América. No hay esperanza por otro lado; "los sueños de Chamberlain y de Churchill de controlar al mundo son tan atávicos como el sueño de Hitler". "Europa, necesariamente volverá los ojos hacia América porque le son indispensables sus materias primas para continuar su lucha suicida. Y Norteamérica "ha de asumir la dirección de Europa si queremos evitar que todo el Occidente sea absorbido por el maelstrom".

"Hay en nuestro país un florecimiento del cual Europa carece: brotan en él generosidad, fe y buena voluntad, cosas que hace ya mucho tiempo se han perdido en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Esto nos envuelve entre el resplandor de una promesa, que no tiene Europa con todas sus catedrales y sus genios, y quizá no las tenga por culpa de ellos."

"Ya se estaría en camino —agrega— de establecer los valores creadores que logren una cultura americana que esté fundada en la Gran Tradición." "Estamos en una revolución, quieras que no." Pero para ser creadora, la revolución "ha de ser como una religión". "Lo primero que se ha de lograr es descubrir *nuestro nuevo valor*, que habrá de conmover e integrar al pueblo."

"El valor de la Europa cristiana medieval era la salvación sobrenatural mediante la gracia."

"El valor de la Edad Moderna era el bienestar terrenal logrado en razón de las leyes sociales y de la técnica."

El *nuevo valor* que Norteamérica reserva como solución infalible para los males del mundo, buscará el lugar del individuo en el Cosmos." "El lugar de la salvación trasmuta a otro mundo,



“porque en éste nos hallamos desamparados, la salvación de vivir nuestra vida *ahora*, por medio del conocimiento, la voluntad y la experiencia de *personas*”. “El lugar de la gracia otorgada ciegamente por un mito, la gracia de la intuición creadora del Dios dentro de nosotros, que nos conduzca con la ayuda de la razón a la creación de relaciones humanas de ciudades, campos y naciones donde las *personas* puedan vivir.” “Así tendréis una armonía de la totalidad, la naturaleza humana, en lugar de una ilusión de bienestar basada sobre la premisa de la negación de las trágicas dimensiones del hombre y de su dinamismo místico, que luego, a causa de haber sido abandonados por la razón, toman su desquite en movimientos de locura tales como el fascismo.”

Los hombres y las mujeres de Norteamérica una vez educados en el *nuevo valor* han de hacer de él la clave de su existencia consciente, para lo cual Waldo Frank propone desarrollar el siguiente programa:

1.º “Nuestra crítica cultural deberá ser revolucionada por la aceptación del *nuevo valor* como norma.”

2.º “Nuestros Colegios y Universidades deben revolucionar sus disciplinas según las normas del *nuevo valor*.”

3.º “Se ha de crear un partido político que sea una síntesis de muchas tendencias políticas de épocas pasadas. Se debe aprovechar en primer término el noble material humano del partido comunista, los excelentes elementos socialistas y los trotskistas opositores de Stalin que ha descarriado a la revolución rusa.” “Habrá también lugar para ciertos conservadores.” “El nuevo partido no será antimarxista ni por asomo. La burguesía como clase no será admitida, porque se encuentra corrompida por su misma sangre: *la sangre de la explotación humana*.” La aceptación *obrero* será ampliada enormemente mucho más allá de la medida simplista que nos fuera dada por Marx.

Este partido —que llevará la paz al mundo— podrá admitir diferentes interpretaciones, pero de ninguna manera podrá ser tolerante “con las fuerzas de la muerte”. “El pueblo norteamericano ha de comprender que la democracia de un país no está a salvo a menos que, honesta y decididamente, defienda a las democracias allende las fronteras. Toda nación que reprima con

una mano sus fuentes de poder mientras que con la otra aliente las maquinaciones de un Franco o de un Japón imperialista está preparando el día en que habrá de soportar a su propio dictador."

De esta manera, por este camino "de acción y de luz", Norteamérica impondrá al mundo el fruto de su conquista del Santo Grial: "Un estado socializado de América que será una unión de personas y grupos de personas trabajando en una economía de bienestar; una unión de pueblos en una confederación de paz."

La superación orgánica que Waldo Frank propone en su libro como medio para ordenar a la comunidad humana por encima de los antagonismos sociales, se basa en tan grosera teoría de la historia y de la sociedad, que nos ahorrariamos el trabajo de una reseña si en ella no viéramos la oportunidad de advertir, a los que hoy sólo reparan en la superficie de los acontecimientos, el sentido de la lucha, oculta y esencial, que divide al mundo.

A pesar de los esfuerzos del autor por superar las causas de la "humillación de Europa", no hace más que concesiones a los fundamentos de la sociedad moderna.

Es verdad que el hombre es el que está hoy en crisis. Y es inútil tratar de entender lo social sino es en función del hombre; pero muy diversas han de ser las soluciones que se intenten dar a los problemas sociales si el hombre es un ser que acaba con su existencia temporal, o si, por el contrario, le está reservado un destino eterno. Esto parece no preocuparle mucho al autor de *Rumbos para América*, que, con un tono de amplitud pseudoapostólica, rehuye las formulaciones precisas, manteniéndose en una vaga concepción panteísta de la comunidad social.

Intentar reformar la sociedad supone conocer al hombre, y es inútil comprenderlo sin admitir la verdad teológica del pecado original. Toda concepción del hombre que pretenda absorberlo en una organización social, sin un ordenamiento último hacia la Verdad trascendente no logrará más que hacer girar al hombre en torno de sí mismo.

El fin de la organización social temporal es el bien común. Pero el hombre no está ordenado según todo su ser al bien común temporal, sino a un bien superior, espiritual y sobrenatural. El verdadero antagonismo entre la concepción católica de la so-

ciudad y las restantes expresiones del mundo moderno reside, precisamente, en el problema de Dios.

El Sr. Frank desconoce de tal modo los términos filosóficos que emplea el concepto *persona* desprovisto de su decisiva significación metafísica como centro de valores morales. La *persona* base de su concepción política es un centro de unidad de producción, cuyo destino último y dirección fundamental radica en la colectividad. Marxismo, en suma, y del peor.

Poner, pues, en la ciudad o en el estado el fin terminal del hombre equivale a destituirlo de su dignidad trascendente. Y no ha de ser en la vaguedad de la integración del hombre en el Cosmos "por medio del conocimiento, la voluntad y la experiencia", como se lo ha de salvar, porque en ella el hombre no establece relación con nada que no sea esencialmente él mismo.

Cuando Waldo Frank, después de estudiar las causas remotas de lo que él llama la *humillación de Europa*, pasa a analizar los movimientos nuevos surgidos en los últimos veinte años, no revela serenidad ni medida en sus juicios. El filósofo —si quiere cumplir con su tarea de tal— debe desligar su corazón de las pasiones de los hombres, no por fría indiferencia, sino para llegar por amor a ellos y a la sabiduría —mediante una exploración que la inteligencia realiza superando la miseria circundante— a descansar en la Verdad, por el conocimiento; para luego descender de ella a los hombres con normas para su conducta. Si las pasiones enturbian el corazón del filósofo mal puede la justicia detenerse en los juicios de su inteligencia.

A través del menosprecio que a Waldo Frank le merecen los nobles esfuerzos de la juventud de Europa por superar las instituciones del estado liberal y los fundamentos de la sociedad regida por la ley del dinero, no nos sería difícil descubrir en él (si ello no nos constara desde antiguo) un oscuro resentimiento de raza.

A pesar de su insistencia por demostrar la definitiva decadencia de Europa, han sido los pueblos europeos y no otros los que, en estas horas difíciles, supieron reaccionar contra los normas deletéreas de la política, con una frescura y un vigor que hoy con ligereza se les niega. Menos agotamiento en las fuentes de su actividad humana natural han demostrado estos pueblos que, ad-

vertidos de sus errores, se aproximan, poco a poco, a la verdad de que la vida social no es un proceso indefinido hacia metas cambiantes, sino que hay un solo fin absoluto, honesto y último: el Bien, y que sólo varían en la historia las formas concretas de realizarlo, que aquellas otras naciones que, encastilladas en estructuras políticas ya definitivamente permitidas, ponen a su servicio todo el enorme desarrollo de una técnica que sólo logrará llevar al mundo al más angustioso de los caos.

El señor Waldo Frank, al invitarnos a los hispanoamericanos a "trabajar junto a Norteamérica para cumplir la misión que Rusia no supo realizar", no advierte, o advierte demasiado, todo lo que de tradición, de fidelidad y de compromiso llevamos en la sangre.

En estos tiempos que han despertado en el mundo una ardiente sed de unidad, nosotros soñamos —fieles a nuestra estirpe— con aquella *unitas ordinis* de Santo Tomás, que busca conciliar la comunidad y la jerarquía bajo el vínculo de la caridad. Y vemos en los intentos de Europa por alcanzar su unidad un acercamiento hacia esa idea, aunque espere en muchos casos el soplo de Espíritu.

Europa no es para nosotros un término convencional o abstracto, sino la imagen deslucida, laica, última, de la antigua Cristiandad. Y nos sentiremos retoño y prolongación de ella con tanta mayor fuerza cuanto mayor sea su empeño en elevar su actual ideal de unidad hasta el mayor y total de Catolicidad, esa Cristiandad adulta, como la llama Eugenio d'Ors.

El esfuerzo de Europa por actualizar en la historia ecuménica su sentido vital, oculto desde que la herejía desmembró su unidad en nacionalismos, será tarea que desde América, los hispanoamericanos no renegados, reclamaremos como nuestra, porque en ella se juega el sentido de nuestra existencia. Este y no otro es el rumbo que —sin peligrosas tutelas— estamos resueltos a seguir. Por eso nos duele cuando Europa —tan alejada de un conocimiento verdadero de Hispanoamérica— nos considera como una realidad abierta a todas las decadencias. Y nos creemos con derecho a exigir de ella que, cuando se sienta amenazada por ese concepto *América* como algo distinto y alejado de su ser, no

incluya en él a la América Española que en su expresión auténtica mantiene en alto la conciencia histórica de su misión.

"Nosotros sabemos ---terminaremos diciendo con la revista argentina *Nueva Política*--- en qué medida América no es más que la reserva de Europa, qué América fué dada a Europa y a la Cristiandad para ser así integrada en la unidad universal de la Cultura. América sin Europa o contra Europa se coloca voluntariamente en el camino de la traición y de la locura.

"Nosotros, herederos de España y de Roma, estamos puestos aquí en el extremo del mundo austral para guardar el flanco de Europa, y nuestra misión consiste en reproducir la imagen familiar de nuestra estirpe.

"Estamos con Europa, somos Europa retoñando en las nuevas tierras de la esperanza; sus conflictos, sus luchas, sus dolores, los vivimos en toda su intensidad y en todo su teológico sentido. Aquí estamos en el flanco estratégico de Europa, como España, y con España, montando la guardia."

JUAN CARLOS GOYENECHE.

